Telón de Agora

LAS CRIADAS. MI QUERIDO EMBUSTERO.

Dido, Pequeño Teatro de Madrid, ha estrenado en el Goya la obra de Jean Genet, hasta ahora desconocido en nuestros escenarios, LAS CRIADAS.

Lo que más me ha interesado de la obra, que es importante, es ver cómo, en el teatro, puede ser mucho más terrible el símbolo que la realidad. Genet se propone obtener, sencillamente, "que los personajes sean nada más que la metáfora de lo que representan." Pero los personajes de Genet, las dos criadas sobre todo, representan demasiadas cosas: toda una gama de insatisfacciones, de las más vitales a las más superfluas. Hay en estas muchachas, *Claire* y *Solange*, insatisfacciones a cuenta de la injusticia y otras de lujo, iguales éstas, aunque, por causas inversas, a las de la señora. Si tuviera que dar, brevemente, idea de esta obra diría: símbolo a presión. Obra densísima, riquísima, en un solo, largo acto, roza, a veces—y debe hacerlo—, lo reiterativo; porque casi toda ella expresa la mente vindicativa, obsesionada y obsesionante, de las dos criadas. El clima cerrado, de asfixia—semejante al de LOS PADRES TERRIBLES, de Cocteau, del que se dice seguidor Genet—, crea en el espectador sano—no en el deformado, que espera el menor resquicio para reír—un poso denso de amargura. El procedimiento de Genet es muy eficaz. Porque, además, y esto continúa siendo sorprendente para nosotros, el autor puede eludir graves responsabilidades, escaparse a última hora y liberar a la acción de cuanto ha sugerido dándolo de otra forma: con visos de irrealidad poética, liberadora y, no obstante, amarguísima. Ya lo dije antes: más amarga que la realidad.

Eulalia Soldevila hizo—contra lo que siempre ha hecho—un papel de perfil trágico y lo creó diabólica, magistralmente. María Paz Ballesteros, que actuó, en general, bien, debe corregir el apresuramiento en algunas frases y, a veces, cierto seseo a que le obligó seguramente el cansancio en un papel largo y sin tregua. Esmeralda Adam tuvo una intervención matizada y felicísima. A punto, aunque discutibles, los efectos escénicos. Discreta la dirección de Álvaro Guadaño.

Fernando Fernán-Gómez, actor que lee y escribe, actor inteligente de los que honran su profesión, ha tenido gusto y acierto en dirigir e interpretar, en el Reina Victoria, MI QUERIDO EMBUSTERO, de Jerome Kiltry,

obra basada en el epistolario entre la actriz Patrick Campbell y George Bernard Shaw.

Jerome Kiltry ha conseguido una obra muy interesante con rara simplicidad. Shaw, a la izquierda de la escena, lee en voz alta—o deletrea mientras escribe—la carta que acaba de escribir a Patrick. Ésta, a la derecha, hace lo mismo con la respuesta. La contestación, a veces, se hace esperar mucho tiempo y no es, literalmente, una respuesta a nada, sino un monólogo. Pocas veces, el dramaturgo y la actriz coinciden en el centro de la escena dialogando entonces directamente. Esto es todo. Que nada sería sin el apasionante interés humano, revelador, de la correspondencia y sin la amplia gama de matices interpretativos, casi imperceptibles, de los actores. Kiltry ha seguido, en general, un orden cronológico y graduó el interés eligiendo las cartas y alterando levemente, con sabiduría, ese orden. Todo en MI QUERIDO EMBUSTERO son hilos sutiles llevados con maestría a buen fin. ¡Qué magnífica escena la del ensayo del llanto con vocales en "Pigmalión"! ¡Qué carta fantástica la que Shaw escribe cuando muere su madre! Jerome Kiltry, claro, ha contado con la colaboración inestimable de Bernard Shaw.

Hay que estrenar estas obras. El público sabrá de una vez lo que es acción verdadera: la que va por dentro. Se irá olvidando, o les dará su justo valor, de las entradas y salidas, de la acumulación de sucesos, las carantoñas, las carreras, los trucos vacíos del mero oficio. La acción es, simplemente, lo que pasa. Aunque sea sólo el tiempo, actuando en unas relaciones humanas, en unos caracteres.

Fernando Fernán-Gómez representó a cuerpo limpio, sin más caracterización que la imprescindible de la barba, pasando, sólo con arte, de los cuarenta y tres años a los noventa y cuatro. Dirigió la obra con finura. Conchita Montes, suelta y discreta en la primera parte; excelente en la segunda: ajustada en todo, elegíaca. El sencillo decorado de Viudes, muy sugestivo.

MEDARDO FRAILE.